

MEXICO EN LA GLOBALIZACION

David Ibarra
28 de noviembre de 2006

Sea bienvenido el volumen de la Globalización de México, Opciones y Contradicciones, preparado por Rolando Cordera Campos (edición de la UNAM y de su Facultad de Economía); contiene 16 ensayos de otros tantos autores sobre los efectos de ese fenómeno universal en la sociedad mexicana.

La preocupación central del libro se refiere a la identificación de las consecuencias y de las fallas en la articulación del cambio hacia la democracia política y hacia la libertad de mercados, sobrepuesto al viejo sistema nacional de gobierno. El nuevo orden internacional fue impulsado por los Estados Unidos en tanto nación dominante que intenta reproducir en todas las latitudes su experiencia política y económica de dicho país.

En el caso de México, la ruptura histórica no podría ser más honda ya que se partía de un régimen político autoritario, de un sistema económico dinámico y proteccionista, de una sociedad segmentada por las disparidades distributivas y de una actitud internacional defensiva, propensa a buscar en la unión latinoamericana de los débiles, las fuerzas necesarias para resistir y buscar caminos propios.

El cambio tenía que imponerse y se impuso autoritariamente, de arriba hacia abajo. La alianza entre la elite conservadora nacional --antes revolucionaria--, desapegada ya de cualquier escrúpulo popular, junto a la presión desplegada por la ideología neoliberal y por los organismos

internacionales, forzaron a raja tabla la alteración de las reglas e instituciones de la sociedad mexicana. Fuera de la élite política, la población no tuvo participación significativa, ni se le permitió tomar iniciativa alguna en la orientación de las nuevas estrategias, aunque hubiese de cargar con los mayores costos. En esas circunstancias autoritarias, la única vía posible de legitimar la transformación neoliberal habría sido la de producir resultados, esto es, acrecentar el bienestar y resarcir los sacrificios del cambio, a los grupos marginados, los trabajadores y el empresariado nacional. Esa condición quedó incumplida, el crecimiento casi desaparece, la pobreza y las desigualdades se acentuaron y gran número de negocios medianos y pequeños resultaron arruinados. La sociedad quedó y sigue resquebrajada.

El universalismo preconizado por los Estados Unidos --con todas sus contradicciones-- recoge en el mejor de los casos una perspectiva centrada en su propia visión del mundo. Visión que, por bien intencionada que sea, al arrancar de una historia y una constelación institucional distintas, no puede estar cierta si sus propuestas son buenas o igualmente buenas para todos, precisamente hoy y en cualquier lugar.

La sociedad mexicana difícilmente podría haberse apropiado a plenitud de la cultura de la competencia abierta y sobre todo de sus ingredientes atemperadores (la democracia y el imperio de los derechos humanos). Y menos haberlo hecho sin imposición, con sus propios recursos, basada en modalidades estratégicas asentadas en la historia, las instituciones y los valores sociales compartidos en el país. Así, los hechos indican que en vez de satisfacerse la aspiración de dotar de derechos humanos universales al pueblo, paradójicamente se tiene un pueblo en su mayoría excluido y sin derechos.

La entrega elitista, sin reservas, a los postulados del Consenso de Washington tampoco tuvo el freno de los valores y lazos colectivos que amalgaman, por ejemplo, a las poblaciones de Asia, ni una visión de largo plazo del desarrollo que setuvo pero que ya ha sido sustituida por el cortoplacismo del mercado. Corea, Taiwán, la India o China, nunca aceptaron a plenitud los axiomas de *laissez-faire*, más bien los sometieron a la rectoría estatal --incluso autoritaria-- que les ha permitido avanzar desde atrás en el doble propósito de sacar partido de la globalización y mejorar el bienestar de sus poblaciones como condición indispensable de equilibrio social (en las últimas tres décadas, 200 millones de chinos han salido de la pobreza).

En el sentido apuntado, Cordera señala que la crisis adaptativa trajo consigo una dramática ruptura --no zanjada, cabría añadir-- en el modo de relacionarse del Estado con los grupos sociales y económicos del país, dejando a demasiados grupos excluidos. A lo que añade crítica abierta a la colonización de las políticas democráticas por los hombres de la riqueza o las empresas comunicadoras, como resabios de un autoritarismo elitista, anacrónico que quiere renacer de otra manera.

Otro ensayo recuenta las buenas lecciones económicas olvidadas: adherirse a políticas de empleo, invertir bien los déficit fiscales, reconstruir el pacto social. En materia de la remodelación financiera, se anotan los perjuicios de la copia prematura y extralógica de sistemas de países más avanzados, raíz y razón de la crisis bancaria de 1995, de la debacle del Fobaproa y de la notoria debilidad del financiamiento a la producción.

El callejón sin salida de las políticas tributarias y del gasto público es abordado por cuatro ensayistas en un esfuerzo por caracterizar la impotencia

estatal para impulsar políticas sociales y seguir estrategias desarrollistas que rompan el cerco de las tesis neoliberales. Valga referirse a un problema. Desgravar los tributos directos (los que cubren empresas con utilidades y los causantes pudientes) en aras de evitar un supuesto repudio-huida de capitales a países con menores cargas, mientras se generalizan los gravámenes indirectos (medicinas y alimentos), ha enfrentado resistencia popular y legislativa hasta ahora invencible. Sin reforma impositiva, la imperiosa necesidad de recursos fiscales se ha desviado a la exacción de fondos y al desmantelamiento de la capacidad inversora de PEMEX, pero mantener una de las cargas tributarias más bajas del mundo a la elite del poder económico.

Tres ensayos aluden a las políticas industriales sacrificadas, por la retirada estatal del fomento a la producción que explican la destrucción de los eslabonamientos económicos y el auge desmesurado de las importaciones. Otro tanto, se asienta en materia agropecuaria, donde el Tratado de Libre Comercio se traduce en polarización productiva, mientras difunde la pobreza e intensifica los flujos migratorios. En íntima conexión con lo anterior, se subraya la sabiduría ajena, también olvidada, de combinar los propósitos estabilizadores con otros desarrollistas, así como la de desechar el falso dilema entre mercado interno y mercado externo. Conjugar ambos es indispensable al crecimiento y al fortalecimiento ordenado de la producción y de la capacidad competitiva.

Hay cuatro trabajos finales que invitan a repensar la reconstrucción del Estado Mexicano. Reformar las reformas fallidas o incompletas en el proceso de la modernización política y democrática, es necesidad evidente por más que constituya una tarea en extremo ardua. Superar el debate infructuoso entre Estado y mercado es reconocer que la calidad de la democracia depende en última instancia de la calidad del Estado en que se apoya. Haber hecho propia

esta máxima nos habría inmunizado contra los destrozos sociales del neoliberalismo radical y de su expresión social en la multiplicación de descalabros en Atenco, Michoacán, Oaxaca o los que sigan. Quiérase o no, asienta Cordera, el Estado es inventor y renovador por excelencia de las instituciones que han de velar por el progreso y la protección

Por último, todos los ensayos concuerdan con los imperativos de poner coto al desprestigio de la política, así como en disciplinar a los poderes fácticos del mercado a fin de formar una sociedad económica compatible con la democracia del desarrollo humano. En esa dirección, junto a la capacidad crítica, los trabajos contenidos en este volumen contribuyen a recuperar el sentido de la historia y de la identidad nacionales.